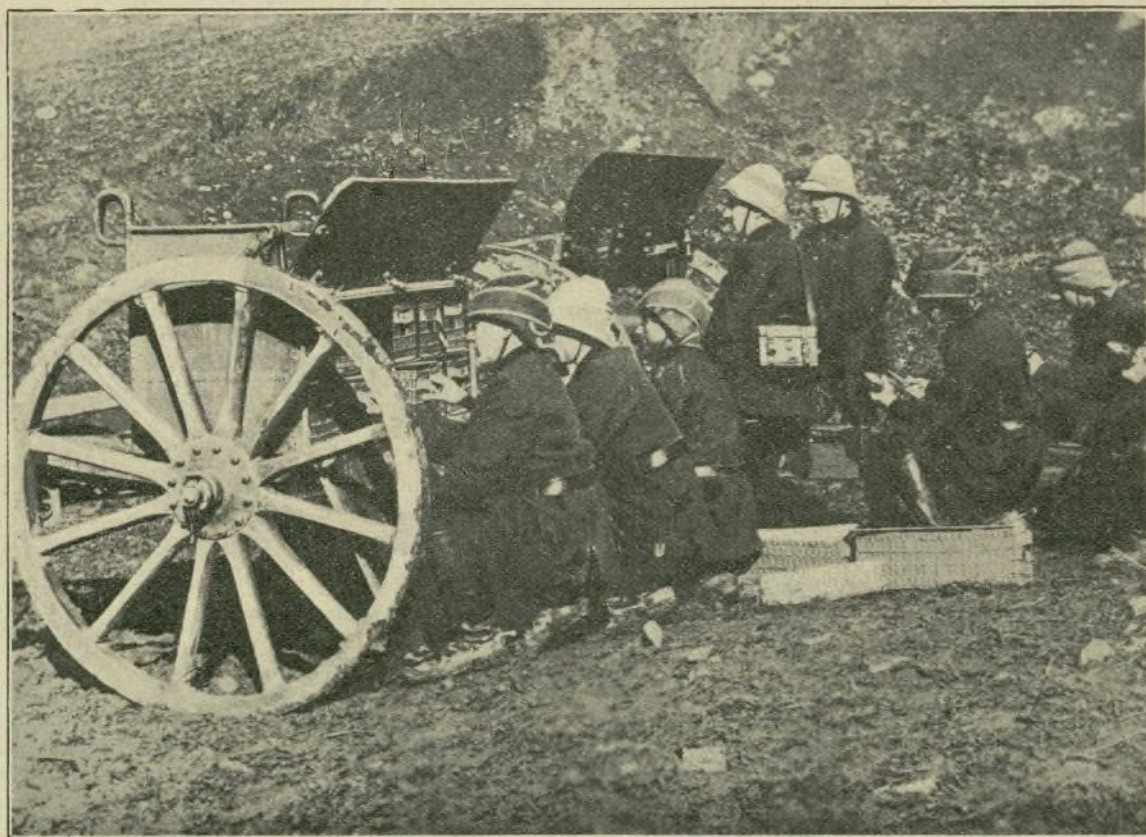


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 45.—BARCELONA 23 DE ABRIL DE 1915



Artillería turca en posición, en la península de Gallípoli

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. El caso de Italia.—II. Inglaterra víctima de sí misma.—III. El Kaiser.—IV. La reconstitución de Ucrania

I.—El caso de Italia

Desde el día mismo que se rompieron las hostilidades, se patentizó el doble juego a que se entregaba Italia. No hacía 48 horas que había sonado el primer cañonazo en Lieja, cuando la prensa francesa declaró que Italia tomaría parte en la guerra al lado de los aliados; la frontera de Saboya fué desguarnecida, y todas las tropas que la cubrían enviadas al N. Sin embargo, Italia estaba ligada por una alianza formal con Alemania y Austria, de modo que era inconcebible que de buenas a primeras rompiera sus compromisos y los adquiriera con el bando contrario. Italia no ha salido *todavía* de la neutralidad; pero hay que reconocer que los franceses tenían razón y que los Imperios centrales han quedado defraudados en sus esperanzas.

Italia, olvidando su alianza; olvidando que gracias al apoyo de Alemania pudo llevar a cabo la anexión de Libia y Trípoli; no teniendo en cuenta que si una vez la derrota de sus tropas por los austriacos fué más que compensada por el apoyo militar de Francia, pocos años más tarde los descalabros de su ejército, batido de nuevo por los austriacos, termi-

naron en un tratado ventajoso de paz, gracias a la victoria de Prusia sobre Austria; no recordando que el gobierno del último Napoleón fué el más acérrimo enemigo de la unidad italiana; y prescindiendo de que debe a sus aliadas el rango de potencia de primer orden y el haber resuelto a gusto propio la crisis con Francia y el problema marítimo del Mediterráneo, está adoptando medidas militares abiertamente contra Austria.

Si la diplomacia alemana no hubiera sido tan cándida, habría advertido a tiempo este cambio de actitud de Italia. Bien claro se puso de manifiesto a raíz de la primera guerra balcánica, cuando estuvo a punto de estallar la guerra entre Austria, por un lado, y Rusia y Serbia, por otro. El acuerdo italo-austriaco fué artificioso y poco firme. No obstante, Italia renovó el tratado de alianza y continuó saboreando las ventajas de ella, sin perjuicio de desentenderse de sus peligros apenas sonó el primer disparo.

Saldrá o no Italia de la neutralidad; ni ella misma lo sabe. Depende de la cuestión de los Dardanelos y del choque final entre Alemania y la Gran Bretaña. Entre tanto, sin dejar de apuntar a Austria, procura servir a los dos campos. Presta el innegable

servicio a Alemania de abastecerla por la frontera del Tirol; pero sirve mejor y positivamente todavía, los intereses de los aliados, porque habiendo dirigido su movilización contra Austria, obliga a estar inactivos a los dos millones de soldados alemanes destinados a operar en el Trentino y el Tirol, los cuales acaso ya hubiesen resuelto la guerra si se los empeñara en Francia o en Rusia.

Cierto es que Italia va a las ganancias exclusivamente; pero hay que reconocer que la intervención de Inglaterra ha sido decisiva en su actitud. De haberse abstenido aquel imperio, no ofrece dudas para nosotros que un ejército italiano cruzara los Alpes y ocupara la Saboya—más italiana que el Trentino—, mientras las flotas austro-italianas derrotaran a la francesa y pusieran en otras manos el país de Túnez y acaso el de Argelia. Pero al entrar en campaña Inglaterra, la superioridad naval de Italia sobre Francia desapareció en el acto; quedó expuesto todo el litoral de la península apenina a los ataques de la escuadra británica, y amenazada la posesión, aún no consolidada, de Libia. Fué, pues, lógico y necesario que Italia se declarara neutral. Pero de esto a ponerse enfrente de Austria, media un abismo; la ética no puede menos de condenar este proceder.

Con Rumanía y Grecia, Italia se cree llamada a decir la última palabra en la guerra, y acaso tenga razón. Para ello es menester, sin embargo, que uno de los dos grupos beligerantes sea irremediablemente aplastado, y por ahora estamos muy lejos de tal eventualidad.

El poderío de Italia es más ficticio de lo que parece. Económicamente está agotada, como lo demuestra el último empréstito, de alcance moderado, que el país no hubiera podido cubrir si no interviniera la alta banca, mediante una transferencia de valores que no resolvió el problema. La miseria y la pobreza se notan en el país con caracteres agudos; y distan mucho de estar cicatrizadas las heridas de la campaña en Africa. Además, todas las grandes potencias han conquistado este puesto por su poderío intrínseco, manifestado por la pujanza y el éxito de sus ejércitos de tierra y mar. Italia es un caso de excepción único en el mundo. Derrotada repetidamente por los austriacos, hace muchos siglos que no han podido ganar ninguna victoria sino con la ayuda extranjera; ha sido la sola nación europea que fracasó ruidosamente en Africa, en la guerra con Abisinia; y su unidad es tan reciente, que apenas ha tenido ocasión para manifestarla en el exterior.

Cierto es que el ejército y la marina han sido objeto de la preferente atención del país y de los gobiernos, y que por sus elementos materiales alcanzan un coeficiente respetable y temible; pero les falta la prueba de la realidad, son un arma todavía virgen, aparte la fácil expedición a Trípoli. En estas condiciones, se comprende que Italia vacile mucho y no se apresure a adoptar una resolución que podría conducir a un desastre, y aun a la ruptura de la unidad nacional.

Antes que pensar en el provecho futuro, tiene que preocuparse de los peligros que la acechan, que son positivos y evidentes.

Guardara Italia su neutralidad sin distinguos, ni equívocos, y todos la respetarían, sobre todo apoyándose, como puede apoyarse, en muchos batallones y

no escasos acorazados. Pero desde el momento en que ha querido servir a tirios y troyanos, se ha malquistado con los dos. Obsérvese el tono de la prensa inglesa, francesa, alemana y austriaca, y resaltará esta verdad.

Cuando una nación se encuentra en el centro del conflicto, dicen todos, o se mantiene quieta y sosegada, o se alista en uno de los partidos.

De esta suerte, si los imperios centrales vencen, el problema del Adriático se solucionará a expensas de Italia, que tal vez perderá algo más; mientras que si son los aliados quienes ganan y toman posesión de las costas del Asia menor, el porvenir de Italia habrá sido destruido en el instante precisamente que parecía plantearse. El único medio de afrontar la crisis y resolverla a su favor, consiste para Italia en la intervención oportuna; el anticiparse o retrasarse, aunque sólo sea algunos días, le será funesto. Y es muy difícil, en las actuales circunstancias, apreciar serenamente y friamente los mil factores reales y eventuales que a cada momento intervienen en el conflicto.

Para el porvenir, ha sido un grave error de Italia el apuntar contra Austria. Ha de removerse profundamente la situación en el Mediterráneo; nuevas potencias aparecerán en él; ¿qué hará Italia, país pobre, de litoral tan extenso y expuesto, sin poderse apoyar con seguridad y confianza en el continente europeo? El imperio de oriente por un lado; Austria, Francia, España, a su alrededor; en frente Africa, muy dividida y dada a grandes mudanzas; Inglaterra en todas partes; y acaso asomada Rusia: ¿puede darse un porvenir más peligroso para Italia, confinada en un mar interior y rodeada de extraños?

II.—Inglaterra víctima de sí misma

Nos encontramos en presencia de una explosión de odio británico contra Alemania. El lenguaje de los periódicos ingleses, tan comedido por lo general, deja muy atrás al de los alemanes, más serenos, y hasta al de los franceses, apasionados y nerviosos. No es esta la mejor manera de llegar a una paz honrosa, ni de vencer a Alemania, que hará tantos más sacrificios cuanto más se amenace su existencia nacional, que sus enemigos no se recatan ya de afirmar que va a ser destruida.

¿Qué ha podido influir en este nuevo aspecto de Inglaterra, habitualmente cauta y mesurada? En primer lugar, la torpeza que la hizo caer en sus propias redes. Meses y meses se pasó diciendo a quien quería oírlo que el triunfo británico era indiscutible, que Alemania perecería de hambre antes de seis meses, que las escuadras británicas dictarían la paz sin condiciones, y como consecuencia gran parte del pueblo se desentendió de la guerra; desconoció aquella prensa los éxitos de Alemania y pintó con los más vivos colores del engañador optimismo, fantásticas victorias de los rusos, ingleses y franceses. La confianza se extendió por todas partes, y con ella se dejó de prestar atención a las operaciones militares. Se hizo creer al pueblo la llegada de tropas japonesas, el desembarco de los rusos, la intervención de Italia, Rumanía, Grecia, Bulgaria, Portugal..., y el pueblo británico, acostumbrado a que los demás le resuelvan los problemas candentes, se durmió en los

laureles prometidos. Por si esto no bastara, se predijo a fecha fija la ocupación de Constantinopla, se demostró que el comercio británico no tenía ya trabas que le sujetaran, se prometió la conquista de todas las colonias alemanas. Como resultado de todo ello, se creó un estado de opinión completamente opuesto a la realidad de las cosas, y ahora es muy difícil desandar el camino.

Los ataques de los submarinos han paralizado el envío de armas y municiones desde los Estados Unidos, y las fábricas nacionales no las producen en la medida necesaria; el Japón ha sacudido la tutela británica y comienza a verse en él un peligro; Francia acusa, todavía en voz baja, a su aliada, de que la única ayuda que de ella ha recibido es la ocupación de Calais y Dunquerque por los ingleses; los rusos han recabado la posesión de Constantinopla, contribuyendo a que la expedición de los Dardanelos concluya en un espantoso fracaso; el malestar ha llegado a la India; la pesadilla de los zeppelines se cierne todas las noches sobre Londres; y pese a la inmensa superioridad numérica de los aliados, los alemanes continúan tranquilamente en Francia y Bélgica. A todo esto, se encarecen las subsistencias y el carbón, y el fin de la guerra se ve cada día más lejano.

Tarde comprende Inglaterra que su desatentada conducta la expone a un golpe todavía más terrible que el de su derrota: la enemiga que pronto la declararán Francia, Rusia y Japón, y que se hará palpable así que se consolide el nuevo estado de cosas sintetizado en el tratado de paz.

Por fin ha advertido Inglaterra que está jugando la partida definitiva, y que en ella Alemania no es más que uno de sus muchos adversarios. Están empeñados el porvenir del Imperio y la raíz de su existencia.

De aquí su malhumor, exacerbado por la actitud de Alemania, en estos momentos opuesta a la paz. Si las próximas operaciones militares se prestan a una mayor condescendencia por parte de Alemania, Inglaterra hará todo lo posible por llegar rápidamente a la paz, aunque sea con menoscabo de sus aliados; de lo contrario, la Gran Bretaña no hará ni más ni menos sacrificios que hasta ahora, pero procurará enzarzar en el conflicto a todos los pueblos que no sepan o no puedan inhibirse de él. Nada podía lastimar tanto a Inglaterra como la impasibilidad alemana, que espera con el arma preparada los ataques de sus adversarios, dispuesta a rechazarlos con un mínimo de bajas propias y un máximo de pérdidas enemigas, en lugar de seguir los consejos y dar asenso a las excitaciones británicas para que se aventurara en vastas y arriesgadas operaciones ofensivas. Aquí estoy, y aquí me defiende, dice Alemania; y si el muro no se rompe pronto, siguiendo esta marcha Inglaterra va a concluir por encontrarse sola, y desaparecerá el escudo con que hoy la protegen Francia y Rusia. Entre tanto, los submarinos alemanes prosiguen su obra destructora...

III.—El Kaiser

La opinión alemana se impresionó en los primeros momentos por la audacia juvenil y la fogosidad del príncipe imperial; por las portentosas victorias de Hindenburg; por el perseverante inventor de los

zeppelines, y por los méritos de algunos afortunados caudillos. El Kaiser pareció obscurecido, y así lo divulgó la prensa extranjera.

Pero el Kaiser siguió con su proverbial constancia desempeñando con inquebrantable celo las funciones abrumadoras de su elevado cargo. Sin estridencias ni desmayos, sin bravatas ni desalientos, continúa dirigiendo los negocios de su imperio, no se aparta de sus soldados, y si interviene en los consejos de guerra es para robustecer con el peso de su prestigio y autoridad las opiniones de sus mejores generales. No es flor de colores brillantes, aunque de vida efímera, ni rayo de luz tan deslumbrador como fugaz; sino trabajador infatigable y fiel cumplidor de su deber. Esta guerra le ha puesto a dura prueba, de la que ha salido más fuerte y ennoblecido que antes. Hoy vuelve a ser el ídolo de su pueblo, la genuina encarnación del alma alemana, y así lo declara la prensa inglesa, con despecho, sí, pero sin palabras de mal gusto, añadiendo que jamás ningún soberano ha sido más amado por sus súbditos, que han hecho causa común con él y están dispuestos a correr su misma suerte, sea próspera o adversa. En estos tiempos de tantas ruinas morales, consuela el ejemplo de un soberano que, en los duros tiempos de una guerra sin precedentes, se mantiene fiel a su divisa, lo mismo en las grandes resoluciones que en los actos más nimios: «El cumplimiento del deber, con la ayuda de Dios».

IV.—La reconstitución de Ucrania

Es curioso, por lo menos, porque indica el cauce por donde va el pensamiento de muchos alemanes, la propuesta de la «Gaceta de Frankfurt» en favor de la reconstitución de Ucrania. Partiendo de que Rusia no es una nacionalidad, sino un conjunto de nacionalidades, el conocido periódico alemán recuerda las tentativas hechas en los siglos XVIII y XIX para formar el estado de Ucrania, y señala las ventajas que para el porvenir de Europa tendría la segregación de la parte meridional de Rusia, constituida en país independiente.

La antigua Ucrania comprende parte de la Galizia, la Podolia, la Volhynia, Táurida, parte de Crimea, y los gobiernos de Kiev, Tschernigov, Pultava, Charkov, Yekaterinoslav y Kerson, con una superficie de 680.000 kilómetros cuadrados y más de treinta millones de habitantes. Cita el periódico alemán el movimiento nacionalista de los Ukranios, nunca extinguido, y que en estos últimos tiempos se ha acentuado, a favor de la representación parlamentaria.

El reino de Ucrania se extendería desde el río San a la desembocadura del Don, y desde el Pripet al Cáucaso y el mar Negro. Con la reincorporación de la Besarabia a Rumanía, y la reconstitución de Polonia, se habría puesto un dique para siempre a la amenaza del peligro ruso para Europa.

Cuando los rusos tratan de arrebatar la Galizia, la Bukovina, la Transilvania y los restos de Polonia a sus adversarios, es lógico que éstos no descuiden la reforma del mapa de Rusia. Ello da idea de los profundos cambios que ha de sufrir la división política del mundo, si la guerra no termina hasta la completa derrota de uno de los dos grupos beligerantes.

F. LARÍN.

DOS CAPÍTULO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Era en aquellos tiempos en que nuestro amado y siempre inolvidable monarca, D. Alfonso XII, de feliz recuerdo, después de haber pacificado la patria y restablecido la armonía en los espíritus, antes separados por la discordia, quiso incorporar nuestra patria a los progresos de Europa, y emprendió un viaje para visitar algunas cortes extranjeras. En el itinerario fijado por su gobierno, figuraba París



A consecuencia del bombardeo del pueblo francés de La Pomeraye, una de las granjas quedó casi totalmente destruida, pero resultó intacto un crucifijo que se alza en el jardín

como última etapa del recorrido; debía el Soberano llegar a ella, a su regreso de Alemania. El viaje no iba a tener trascendencia política, y no la tuvo por el momento: se trataba sólo de conocer el terreno y estrechar las relaciones con los gobernantes de las principales potencias, para orientarnos y obrar con conocimiento de causa.

El programa se cumplió en todas sus partes. En Alemania, nuestro rey fué agasajado, tanto por la representación que ostentaba, como por sus raras prendas personales; asistió a unas maniobras, y el Kaiser le nombró coronel honorario de uno de sus regimientos. No había nada extraordinario en esto, por-

que entonces, antes, después y ahora, tales nombramientos son una costumbre establecida en todas las naciones, incluso la nuestra.

Pero los franceses estimaron como desaire que D. Alfonso XII visitara las cortes alemanas con prioridad a París; si hubieran examinado desapasionadamente el caso, comprendieran la deferencia especial que se les guardara, la singular distinción de que se les hacía objeto, toda vez que las últimas impresio-

nes de un viaje de esta naturaleza son las que prevalecen, porque barren en parte las recibidas anteriormente. A la sazón, Francia atravesaba una de aquellas crisis periódicas a que la arrastraron durante muchos años los llamados nacionalistas, que agitaban el espejuelo de la reconquista de Alsacia y Lorena; pero se acentuaba el poderío militar de Alemania, y ya se notaban en Francia los primeros síntomas del desquiciamiento de todas las instituciones seculares, de suerte que la idea y el deseo de desquite, no se traducían más que en escritos y canciones sentimentales y en manifestaciones platónicas e inofensivas ante la estatua de Strasburg. Alemania infundía, más que miedo, verdadero espanto.

Antes que nuestro monarca cruzara el Rhin, fué advertido nuestro gobierno de que el populacho de París no veía con simpatía la próxima llegada del Rey. Pero éste, que no tenía de qué acusarse, y estaba libre de todo compromiso internacional, no quiso inferir a la República francesa el agravio de no saludar a sus gobernantes, como había prometido, y se encaminó a París.

A la llegada de nuestro soberano, la llamada *ville lumière* fué testigo del espectáculo más bochornoso que puede presenciar un pueblo culto y civilizado. La plebe, y con ella todas las clases sociales, realizó una inconcebible manifestación de cólera y de odio al paso de la comitiva real.

Millares de personas congregadas en las calles, acogieron a D. Alfonso XII con los gritos «¡Abajo el rey! ¡Muera el Uhlano!».

Más que las medidas de previsión, y en su caso represión, del gobierno francés, que fueran estériles, se impuso a las turbas la actitud serena, ecuaníme y digna del augusto visitante, cuyo valor, si no se hubiera ya demostrado en los campos de batalla, quedó bien patentizado entonces, arrostrando inerte, indefenso y solo, el furor inexplicable de todo un pueblo. Menudearon los insultos y las gargantas se enronquecieron; y cuantas veces el monarca, acompañado por su ayudante de campo, el bravo general

Blanco, marqués de Peña Plata, salió de su hospedaje sin escolta, entregado a la hidalguía de la capital a quien con su presencia honraba, se repitieron las manifestaciones hostiles. Así fué España insultada sin motivo, en la persona de su primer ciudadano.

Si fué torpeza de nuestro gobierno la confección del itinerario del viaje; si adoleció de inoportuna la fecha de la visita; si el gobierno francés pudo, y no quiso, evitar el vergonzoso espectáculo; si la exaltación del patriotismo francés obscureció sus inteligencias... son puntos que no interesan. Los hechos quedan en pie, y los hechos fueron los siguientes:

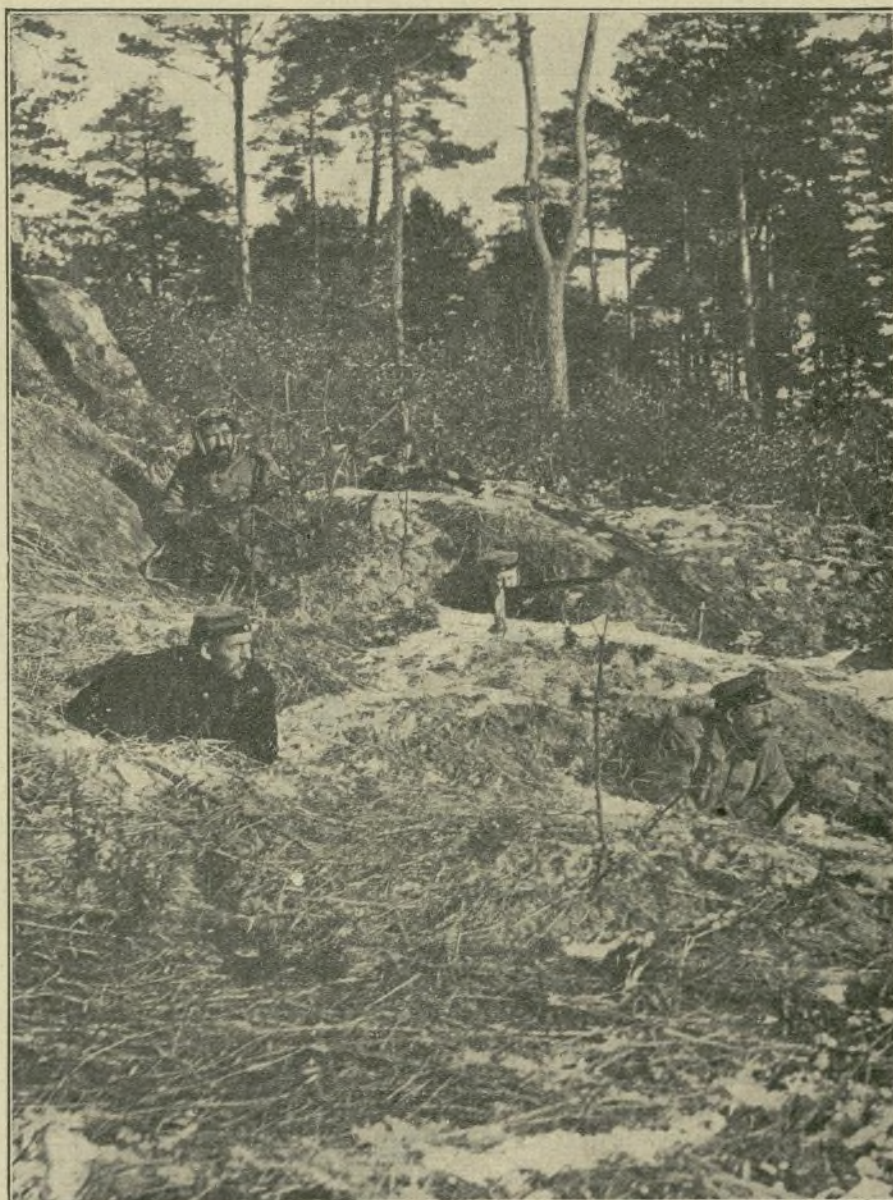
El día de la llegada a París, figuraban en la comitiva regia, como era de rigor, todos los Embajadores extranjeros con el personal de las embajadas. A menos de 50 metros del carruaje del rey, iban en otro, como todos, descubierto, y con uniformes de gala, los agregados militares alemanes, vistiendo uno de ellos el uniforme de uhlano. Y el pueblo de París que se cansó de vociferar contra el rey amigo, llamándole «prusiano, uhlano y alemán»; el pueblo de París, que de tal suerte hería a la entonces débil y aun convaleciente España, acalló sus gritos, guardó silencio y se mantuvo en actitud respetuosa, cuando por entre la multitud pasaron, con su vistosa indumentaria, los ulhanos y los prusianos auténticos, de carne y hueso... Detrás de ellos estaba la poderosa Alemania.

Y detrás de nuestro rey estaba España. Pero Don Alfonso XII supo imponerse a todos: a los franceses, con su dignidad; a los españoles, con su consejo y su ejemplo. El mismo quitó importancia a lo acontecido, y el incidente se solucionó en la esfera diplomática.

El actual rey Constantino de Grecia acababa de llevar a la victoria a su ejército en dos sangrientas guerras: la primera contra Turquía, contra Bulgaria la segunda. Pocos meses llevaba ciñendo la corona, que un asesinato odioso puso en sus sienes, y, siguiendo una práctica casi tradicional, emprendió un viaje por Europa.

Estuvo en Berlín, y allí incurrió en el grave deli-

to de elogiar al ejército alemán, recordando que había vestido temporalmente su uniforme. Pudo haber añadido que aquellos elogios eran un pálido reflejo de los que a diario estampaban en libros y periódicos los generales y escritores militares franceses; lo calló. De Berlín tenía que dirigirse a París; pero antes de que saliera de la capital alemana, la prensa y los políticos agitaron a la opinión, diciendo que el brindis del rey era un insulto a Francia, porque



Pozos abrigos en que se resguardan las avanzadas alemanas, en el bosque de Argona

nada había dicho el monarca de los servicios de la misión militar francesa en Grecia, presidida por el general Eydoux. Se hicieron indicaciones al rey Constantino, para que desistiera de su visita a París; no obstante, aquél, como en otro tiempo nuestro Alfonso XII, no tenía nada de que arrepentirse, ni, tampoco como el monarca español, iba a temblar ante la multitud inconsciente, cuando tantas veces había desafiado a las balas enemigas... Y a París se encaminó. Allí se le impuso una vergonzosa humillación: para que su recepción tuviera los caracteres de cordialidad indispensables, el rey tenía que desagrar al ejército francés—al que no había ofendido—, haciendo del mismo un elogio tan completo

como hiciera del alemán. Cogido en la trampa, el rey se allanó a todo. La afrenta, empero, arbitraria y caprichosa, quedó en pie.

Grecia, pueblo pequeño, era débil y estaba desangrado.

Transcurrió un año. Aquel Estado que parecía despreciable y al que no era menester guardar sobrados miramientos, podía prestar inmensos servicios en la empresa de conquistar los Dardanelos. Se quería que Grecia, cuya capitalidad fué Constantinopla, prestara su auxilio para que el Bósforo cayera en manos de Rusia o de Inglaterra. El rey Constantino, en desacuerdo con su ministro Venizelos, se negó a ello, y mantuvo la neutralidad.

¿Será menester sacar la consecuencia que se deduce de los recuerdos anteriores? ¿Habrá todavía quién sostenga las ficciones de que hay Estados poderosos protectores de los pueblos débiles? ¿No sueñan a hueco las voces libertad, derecho y respeto a los extraños?

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El tiempo y la dirección

—No negará V. ahora el desastre naval de los aliados en los Dardanelos, el 18 de marzo, señor A.

(El señor A).—¿Por qué?

—Porque ha transcurrido un mes y no han repetido el ataque. Tal vez esperan a la Pascua... de Navidad.

(El señor A).—¿Acaso no sabe V. que reina en aquellos mares un temporal deshecho, que impide las operaciones?

—No, no lo sabía; pero en compensación me constaba que aquellas aguas son las más tranquilas del Mediterráneo, que los acorazados y grandes cruceros soportan mucho mejor que los barcos mercantes los fuertes oleajes, que no se ha interrumpido un solo día la navegación por el Egeo, de los buques que hacen el comercio, y que...

(El señor A).—Bastantes pruebas de formalidad ha dado el Almirantazgo británico, para que quepa poner en duda lo que anuncia. Yo me atengo a la verdad oficial: el mal tiempo...

—¡Acabáramos pronto! ¡Verdad oficial y mal tiempo! No diga V. más: ¡es que los almirantes se han constipado, y por consiguiente se ha enfriado su ardor bélico! Alguna ola, poco respetuosa, les habrá echado encima un jarro de agua fría. Y de los Cárpatos ¿qué me cuenta V., señor B.?

(El señor B).—Han conquistado los rusos todos los pasos y están ya en la vertiente meridional.

—De modo que ¿la invasión de Hungría es obra de pocas horas?

(El señor B).—¡No vaya V. tan deprisa! En los caminos hay metro y medio de nieve y, naturalmente, no es posible el paso de las tropas.

—Pues ¿no había más nieve en la vertiente norte y en las cumbres, el invierno pasado, lo cual no impidió que los rusos las escalaran? Diga V. que además de la nieve...

(El señor B).—¡Justamente! Es un tiempo infernal el que domina en los Cárpatos y ha obligado a paralizar...

—No es eso lo que iba yo a decir: decía que, además de la nieve, se encuentran allí los austriacos. Sin embargo, no refiemos por eso. ¿Cómo va lo de Neuve Chapelle, señor A?

(El señor A).—Fué una verdadera lástima que las tormentas y las lluvias detuvieran la ofensiva inglesa.

—Pero no la alemana, porque los tres o cuatro mil belgas que aún quedaban en armas han sido destruidos cerca de Nieuport.

(El señor A).—¡Qué quiere V.! Junto al mar se mantenía el buen tiempo.

—Y la terrible batalla entre el Mosa y el Mosela ¿cómo ha terminado?

(El señor A).—Estaban ya los franceses a punto de romper las líneas enemigas, cuando las lluvias, los nevascos, los huracanes...

—¡Carape! ¡Me escama tanto temporal! ¿No será eso una figura retórica, y cuando los aliados hablan de mal tiempo, no aludirán a los alemanes, austriacos y turcos?

(El señor B).—¡No sea V. malicioso! Los ingleses son tan esclavos de la verdad, que han declarado la abundancia de agua, a consecuencia de las lluvias, en los desiertos al E. del canal de Suez, y esto favorece el avance de las tropas turcas.

—Y, por consiguiente, de las británicas.

(El señor B).—No, señor, porque las inglesas no beben agua, sino whisky.

—¡Me ha convencido V.! Pero, dígame, V. que es especialista en las campañas de los rusos: ¿qué ocurre en el Cáucaso?

(El señor B).—Una columna avanza en la dirección de Erzerum, otra se mueve en la dirección de Olty, una tercera prosigue en la dirección...

—¡Dirección, dirección!... ¡No lo entiendo!

(El señor B).—Lo mismo acontece en los Cárpatos: en la dirección de Uszok avanzan los rusos; otro cuerpo moskovita ha tomado la dirección de Bartfeld; gruesas masas van en la dirección del Laborecz; una fuerte columna lucha en la dirección...

—¡Bien! Pero ¿qué quiere decir tanta dirección? lo interesante es saber dónde se encontraban ayer y dónde se encuentran hoy aquellas tropas.

(El señor B).—Sencillamente, que el grueso del ejército ruso se encuentra en la dirección de Buda-Pesth, capital de Hungría, y también en la dirección de Viena. ¡Niegue V. ahora la gravedad de la situación para los austriacos!

—¡Francamente, no creía tan ingeniosos a los rusos! Si los franceses hubiesen dicho, pongo por hipótesis: en nuestro avance en la dirección de Berlín, o en nuestras operaciones en la dirección de Amberes, no encontrara nada de particular, porque voy acostumbrándome a sus frases; pero ¡que sean los rusos...! ¿Si habrá sido eso de la dirección la estrategia que les ha enseñado el general Pau?

(Los señores A y B).—¡Pues, vaya, que sus amigos los alemanes son expresivos de verdad en sus partes! Más vale saber que se lucha en la dirección de X que no saber nada.

—En eso, llevan Vds. razón; me desespera su laconismo; si no fuera por su afición a la estadística, no sabríamos nada.

(Los señores A y B).—¿A la estadística?

—Ciertamente: cerca de Nieuport han apresado 450 belgas, más al S. a 283 ingleses, entre el Mosa y el Mosela—precisamente el día que comenzaron los temporales—a 975 franceses; en el mes de marzo, desde Plok al bajo Niemen, a 58.500 rusos...

(Los señores A y B).—¡Pero ninguna batalla ganada!

—¡Es lo más triste! porque esos prisioneros fueron víctimas del *mal tiempo* y de la *dirección*... de los aliados. Y si no, vean Vds. el número total de cañones conquistados por los alemanes desde el 4 de agosto al 8 de abril, según parte oficial del Estado Mayor: 3.300 belgas, 1.300 franceses, 850 rusos y 60 ingleses: total, 5.510 ¡Es un bonito número! ¿Qué peor *tiempo* que ese para los aliados? ¿Se atreverán ustedes a seguir hablando de la *dirección*?

SUBRIO ESCÁPULA

LAS ZAPAS Y LAS MINAS EN LA GUERRA DE HOY

Nadie hubiera pensado que los medios de combates desechados y dados de baja de la técnica moderna vinieran a revivir con fulgores más intensos en la guerra del siglo xx. Ahí tenemos ocupando lugar preferente a las zapas y a las minas. Fósiles del arte militar convertidos hoy en elementos de primera magnitud.

¿Qué son zapas?

En fortificación, son las zanjas que se excavan en dirección más o menos perpendicular al atrinchamiento y posición del enemigo. Su objeto es permitir acercarse al adversario manteniéndose en cuanto sea posible a cubierto de los fuegos directos.

La guerra de zapas fué empleada allá por el siglo xvii y principios del xviii en la guerra de sitio. El sitiador tenía indispensablemente que hacer uso de las zapas al tratar de asaltar. Vauban recomendaba antaño el empleo de las zapas como condición *sine qua non*.

Hoy las zapas han perdido su importancia en la guerra de sitio, pero su aplicación en la guerra campal se ha hecho necesaria. El ejército de operaciones se ha visto en la necesidad de emplear las zapas, porque constituyen un medio magnífico de avanzar hacia el enemigo, disminuyendo las pérdidas que experimentaría el ofensor si avanzara a pecho descubierto, dado el efecto mortífero de las armas modernas.

La guerra de minas, también, ya no solo se emplea, como antes, contra las fortalezas, sino, como las zapas, en la guerra campal.

La última vez que se empleó la guerra de minas, con bastante provecho, fué en la guerra de Crimea, delante de Sebastopol. En la guerra ruso japonesa los japoneses volvieron a ponerla en práctica durante el sitio de Puerto Arturo. Hoy se aplica, y se combate con minas en todo el frente de batalla occidental, en Polonia y en Galizia. En todos los teatros de guerra se hace la «guerra de topas».

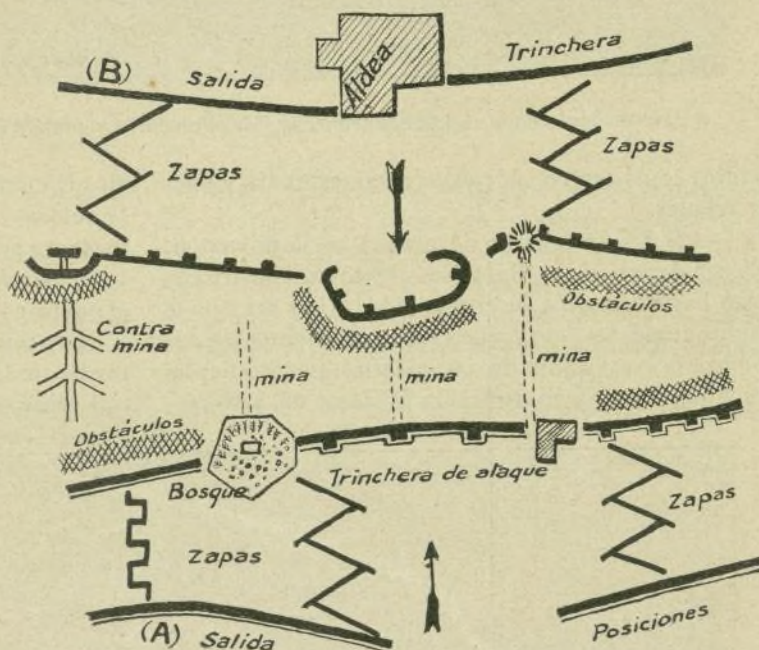
El empleo de las minas tiene por objeto aproximarse subterráneamente a la posición enemiga, colocar a sus inmediaciones una mina y hacerla volar en parte o totalmente. Además de las minas subterráneas existe otra clase de minas que se arrojan de una posición a otra por medio de un pequeño mortero o «lanza minas».

Tales minas tienen semejanza con las que usaban los griegos y romanos y cuyo empleo perduró hasta la edad media.

El croquis adjunto muestra esquemáticamente la disposición de las zapas y de las minas en la guerra actual.

En cualquier sector de terreno al cual se puede llegar sin grandes pérdidas, se trazan y levantan trincheras en una dirección más o menos paralela a la posición del adversario. Así se crea una «posición de salida», desde donde se comienza el avance por zapas.

Estas se construyen generalmente en forma de zig-zag, para acomodar las zanjas al terreno e impedir que durante el trabajo sean tocadas por el fuego largo del contrario. Sin embargo, esta forma no es la única, sino que se la elige a voluntad, pero siempre



con la condición de que tenga salientes y entrantes.

Las zapas se excavan hacia adelante, hasta llegar a un lugar favorable cerca del enemigo, donde se establece una posición y se levantan trincheras. Si la distancia es aún grande y si las circunstancias lo permiten, se vuelve a repetir el mismo trabajo hasta llegar al fin a una «trinchera de ataque», muy cerca de la posición del enemigo y desde donde se puede emprender un ataque resuelto.

Todo cuanto exista a inmediaciones de esta posición de ataque, como casas aisladas, accidentes de terreno, etc., etc., se aprovecha para levantar posiciones enmascaradas para la artillería y ametralladoras y otras instalaciones. Según las circunstancias, estas posiciones son dotadas de «puntos de tráfico», para lo cual las casas o aldeas se transforman en pequeños fuertes.

Delante de las trincheras de ataque se forman o establecen los «obstáculos» destinados a dificultar que se acerque por sorpresa el adversario. Estos obs-



El Presidente de la República francesa, Mr. Poincaré, visitando el teatro de operaciones de los Vosgos

táculos consisten *por lo común* en alambradas y talas de árboles.

Desde las trincheras de ataque se comienza el trabajo de las minas. Para este objeto se construyen fosos hasta 6 metros de profundidad. Una vez que la profundidad del *foso* se la cree conveniente, se comienza la excavación de las galerías, perpendiculares a dicho foso y en dirección al frente del adversa-

rio. En el lugar donde se desea efectuar la voladura, se coloca el recipiente de la mina, con una carga bastante poderosa para que por su explosión pueda volar parcial o totalmente el terreno fortificado por el enemigo.

La acción de la mina se puede neutralizar por medio de la contra-mina. Las contra-minas se colocan sobre los caminos minadores y tienen un efecto



Cosacos rusos vadeando el Bobr: los ginetes, de pie sobre los caballos



Soldado francés buscando la tumba de uno de sus camaradas

aplastante, y su carga es mucho más ligera que la de la mina.

Los «escuchas» desempeñan un gran papel en el servicio de contra-minas.

La conducción de la guerra de zapas y de minas es por sí bastante difícil y requiere mucho tiempo.

No faltan buenos obreros en ambos beligerantes. Las infanterías están dotadas de sus instrumentos de zapador y saben hacer el trabajo. Esto mismo dificulta que un bando pueda obtener gran ventaja sobre el otro. Sólo la *capacidad de resistencia* de los combatientes es la que alcanza mayores resultados; además,



Vista general de Esmirna y su bahía

se comprende la cohesión moral y material que deben tener las tropas.

J. C. GUERRERO.

EL BOMBARDEO AÉREO DE FREIBURG

—¡Allí viene otro! ¡Ya son tres!
—¿Cómo dice V. esto, señor doctor, no ve V. que son siete?

—Yo sólo veo tres, querida señora: uno allí, otro acá, y el tercero en aquella dirección.

—¿Y aquel de allí?

—Es la nubecilla de humo de la explosión de un shrapnel.

—¿Y este otro, y aquel y...?

—Nada más que explosiones de shrapnels.

Comprendo que la dama no da crédito a mis palabras. Un gran número de personas de buena sociedad nos encontramos en la terraza de un establecimiento de baños. Son las tres de la tarde. Hace media hora que los aeroplanos enemigos cruzan a inmensa altura sobre la ciudad, por encima del barrio de Stuhlingen. Freiburg recibe a los peligrosos huéspedes con todos los honores que se merecen. A nuestra izquierda se oye el crepitar de las ametralladoras: tac, tac, tac... Por la derecha se mezcla con el ruido anterior el fragor de los cañones de campaña. De vez en cuando, algún disparo de fusil resuena como el restallido de un látigo. A intervalos más distantes, se perciben detonaciones más fuertes.

—Son obuses—apunta un caballero.

—Yo creo que son las bombas de los aeroplanos—indica otro, y tiene razón.

Los estampidos de las detonaciones han echado a la calle a todos los pacíficos habitantes de Freiburg. Todas las terrazas, balcones y puentes, están repletos de gente, que sigue con la mayor atención el emocionante espectáculo. Los tres aviones siguen cruzando sobre Stuhlingen. Por debajo de ellos, a sus lados y a veces por encima, van estallando las granadas.

—¡Si por lo menos cayese uno de ellos!

La tímida dama que con estas palabras acaba de desear la muerte de un hombre, sería incapaz de hacer el más mínimo daño a una fiera. Pero la fiebre se ha apoderado de nosotros. Yo mismo pienso con toda mi alma:

¡Si por lo menos cayese uno de ellos!

Una señora exclama: ¡Viene uno hacia nosotros! Efectivamente, uno de los aviones se dirige a toda marcha hacia el centro de la ciudad. Las ametralladoras de nuestra izquierda apresuran su tiro: tac, tac, tac...

—¡Qué suerte si fuera alcanzado y cayera aquí, en el jardincillo de debajo!—exclama una jovencita saltando llena de alegría.

—Uno de ellos ha sido alcanzado, lo veo perfectamente, porque suspende su vuelo y se aparta de la dirección que llevaba.—Caerá más o menos pronto.

—¿Dónde? ¡Dígamelo V.!

—Hacia allá; a la izquierda de la chimenea.

—Pero, señora, ¿no ve V. que ha sido un shrapnel, que ha estallado debajo del aeroplano?

La dama no se resigna, y persiste en que el avión está herido.

Son las tres y media. Los aeroplanos desaparecen en la dirección oeste. No tardamos en oír el tiro de la artillería de Breisach.

—¡Confiemos en que allí los derribarán!

Terrazas y balcones quedan vacíos. La multitud de vecinos se dirige ahora hacia Stuhlingen, para conocer los daños causados por el enemigo. Se dice que una bomba ha caído en la plaza de Hohenzollern, pero se ignora si ha habido muertos y heridos.

Nos encaminamos a esta plaza, y en ella no se observa nada que dé a conocer la caída de una bomba. Por fortuna veo llegar un oficial amigo mío, corro a su encuentro, y le obligo a que me escuche y responda a mis preguntas. Han caído siete bombas: una junto al hotel de la Paz; otra en la salida de la carretera; tres en el campo de instrucción; y la séptima en medio del campo, no lejos de un arado tirado por dos bueyes. Los bueyes han abierto asombrados sus grandes ojos, pero no parece que se hayan conmovido. Ninguna de las bombas ha causado desgracias.

—¿Se han dado cuenta los aviadores de la inutilidad de su tiro?

—¡Qué se yo!

Ahora los curiosos se dirigen al campo donde están los bueyes para ver los efectos del proyectil. Un agente de policía obliga a despejar. Los curiosos se dirigen entonces al campo de instrucción, pero también en este lugar tropiezan con otro agente tan inexorable como el primero.

Comienza a oscurecer. Súbitamente, se oye el ruido de una descarga cerca del hotel de la Paz. Todas las miradas se vuelven a lo alto. ¿Habrá vuelto algún aeroplano? Pero, no vemos nada.

¡Una segunda descarga! ¡Una tercera!... Son los honores fúnebres que se rinden a un soldado.

Comentando los incidentes del día, los pacíficos habitantes regresan a sus hogares.

—¡Ojalá volvieran otra vez y les derribáramos aquí!

No sólo está reservado a los parisienses contemplar el espectáculo de un combate aéreo, completamente inofensivo, porque también nosotros hemos gozado de él.

(De la *Frankfurter Zeitung*).

EL SITIO DE PRZEMYSL

El resumen de las operaciones del sitio de esta plaza, redactado por el cuartel general ruso, dice así:

A mediados del pasado noviembre, después de las grandes batallas de Varsovia e Ivangorod, las tropas austro-alemanas fueron obligadas a retirarse precipitadamente de las líneas de los ríos Vístula y San, y el ejército ruso pudo comenzar sus operaciones contra la fortaleza de Przemyśl, orgullo y gloria de los ingenieros austriacos. Se formó un ejército especial de sitio, a las órdenes del general Selivanov, hombre de grande energía y especialista en la dirección de esta clase de guerra.

El 11 de noviembre, Przemysl fué acordonado, y una muralla de hierro se formó a su alrededor, cada día más fuerte, a medida que los rusos mejoraban sus posiciones. El servicio de información poseía datos exactos sobre la situación de la plaza. Se sabía que las defensas eran fuertes y muy bien aplicadas al terreno, y que los intervalos entre las obras, así como el terreno exterior, estaban cubiertos de trincheras, baterías y defensas accesorias, y que los defensores poseían numerosa y moderna artillería, incluyendo más de 1.000 cañones, entre ellos cinco de 30,5 centímetros sobre montajes de plaza. También se sabía que la guarnición era muy numerosa, pero que sólo disponía de provisiones para tres meses.

Pronto comprendió el cuartel general del ejército de sitio que la fortaleza podía ser tomada, pese a todas las dificultades, a la fuerza de la guarnición, y a la robustez de los fuertes. El bombardeo por sí solo no podía dar resultado. Por otra parte, los métodos del ataque regular requerían mucho tiempo; pero tuvimos que elegir este procedimiento, y en muchos puntos se abrieron zapas que llegaron hasta cerca de los fuertes. De acuerdo con estos principios, el general Selivanov dispuso que fortificáramos nuestras posiciones, para que abortara cualquier tentativa que el enemigo hiciera para romper nuestras líneas.

Los austriacos efectuaron varias salidas. Las más importantes fueron las del 15 al 19 de diciembre y la del 18 de marzo. La primera la ejecutaron cinco regimientos de infantería en dirección SO. hacia Bircza, con la esperanza de reunirse con el ejército austriaco que avanzaba en esta dirección desde los Cárpatos. Los primeros choques parecieron favorecer a los austriacos. Su ejército de campaña nos arrojó de los pasos centrales de los Cárpatos y nos hizo retroceder hasta más allá de Sanok. La columna de salida pudo avanzar unos 25 kilómetros después de rebasados los fuertes exteriores. Solamente los que en aquella ocasión se encontraban presentes en el ejército sitiador pueden comprender las angustias que pasamos en aquella ocasión. Los austriacos salidos de la fortaleza estaban ya en comunicación por sus heliógrafos con los austriacos procedentes de los Cárpatos. Los cañones de Przemysl eran oídos por el ejército austriaco de campaña. La situación era crítica, y el general Selivanov tomó medidas inmediatas. Llevó tropas de refresco al punto de más peligro, y obligó a la columna austriaca a retroceder hacia la fortaleza. Los austriacos perdieron 3.000 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

La salida del 18 de marzo fué la última. Consistió en una desesperada tentativa para salir de la plaza y reunirse con el ejército de operaciones. El 18 de marzo los austriacos habían agotado todas sus provisiones, así como la mayor parte de la carne de caballo.

Los pocos animales de esta clase que quedaban fueron muertos antes de la capitulación. El gobernador, general Kusmanek, tomó la resolución desesperada de romper nuestras líneas, y a este efecto

puso en cabeza de las columnas a la mejor tropa húngara que tenía, la 23 división de la honved (reserva), señalando la dirección E., hacia Mosciska, donde creía que se encontraban los almacenes del ejército sitiador, toda vez que era necesario que sus tropas se alimentaran antes de emprender una larga marcha y llegar sin cesar de combatir hasta los Cárpatos. No obstante, su empeño no tuvo éxito. Las posiciones rusas eran muy fuertes y teníamos mucha artillería; además nuestras tropas se condujeron con gran bravura. Nuestros cañones diezmaron las columnas enemigas, y el fracaso de la tentativa se debió principalmente al fuego de nuestra artillería.

El 19 de marzo la plaza entró en la agonía, y tanto los rusos como los austriacos comprendieron que la rendición era cosa de pocas horas. El día 20 capturamos un aeroplano que llevaba las últimas cartas escritas en la fortaleza. Denotaban que la guarnición estaba sufriendo terribles privaciones.

En la madrugada del 22 de marzo, nos despertaron los ecos de fuertes explosiones. El general Kusmanek había ordenado volar todos los fuertes. Jamás se ha presenciado un espectáculo tan trágico. El castillo donde estaba alojado nuestro cuartel general distaba 20 kilómetros de la plaza, pero los muros se estremecían como sacudidos por un terremoto.

A las seis de la mañana el espectáculo era imponente. Por encima de la fortaleza se elevaba una densa nube de humo, que de vez en cuando se rompía por la aparición de columnas de humo blanco que se elevaban rápidamente hasta confundirse con las demás. A las siete comenzaron a disminuir las explosiones, y a las 9 el jefe de Estado Mayor austriaco llegó a nuestro cuartel general. Era portador de un despacho del general Kusmanek diciendo que, «como consecuencia de haberse agotado las provisiones y abastecimientos, y cumpliendo instrucciones recibidas de mis jefes supremos, me veo obligado a entregar la plaza real e imperial de Przemysl al ejército imperial ruso»

Por su parte, el gran cuartel austriaco ha dado el siguiente comunicado sobre la rendición de la fortaleza:

Las ruinas de Przemysl han sido entregadas al enemigo, sin previas intimaciones ni negociaciones, después de la completa destrucción, bien preparada y ejecutada, de todo el material de guerra.

Durante la última semana del sitio, había en la fortaleza: 44.000 hombres de infantería y artillería, las dos terceras partes de ellos tropas de la landsturm. De esta cifra ha de deducirse 10.000 hombres perdidos durante la salida del 19 de marzo; 45.000 obreros, peones, ferroviarios, carreros, telegrafistas, que habían sido militarizados; finalmente, 28.000 enfermos y heridos en los hospitales.

Sumando los obreros militarizados con las tropas rendidas y los enfermos y heridos se llega a la cifra de 107.000 hombres, que concuerda con la de 110.000 hombres, que según los despachos rusos son los prisioneros de guerra hechos en Przemysl.

CRÓNICA MILITAR

I. Los dos misterios del frente occidental.—II. Las operaciones del ejército británico en los meses de febrero y marzo.—
III. La segunda ofensiva francesa.—IV. La situación el 18 de abril

I.—Los dos misterios del frente occidental

Cuando los franceses evacuaron la línea del Mosa, abandonaron la del Aisne y se replegaron al Marne, todos los críticos militares se preocuparon de la suerte de Verdun, que quedó a retaguardia del ejército alemán. El invasor dijo que había comenzado el bombardeo de los fuertes exteriores, y los franceses guardaron silencio semanas enteras, para afirmar por último, a fines de septiembre, que aquella fortaleza estaba intacta y que el enemigo no la había atacado. Estaban en lo cierto, puesto que los hechos lo han confirmado. Deseosos de destruir al ejército de campaña francés, los alemanes, en su impetuoso avance de agosto y septiembre, prescindieron de Verdun y la dejaron a su espalda; pero, una vez en el Aisne, su frente de batalla se extendió alrededor y a corta distancia de los fuertes del N. y E. de la plaza, y en esta situación continúa.

¿Cómo y por qué razón los alemanes, cuya superioridad en artillería pesada es indiscutible, no han aprovechado los siete meses transcurridos desde entonces para batir uno o varios fuertes y abrirse paso hacia el recinto? Las innumerables baterías de cañones de sitio, obuses y morteros que los alemanes tienen distribuidas en todo el frente ¿no hubieran podido emplearse en parte, con más provecho, contra Verdun? Las baterías automóviles austriacas de 30,5 centímetros, los morteros de 42 (si no están inutilizados, como se cree) ¿qué mejor objetivo encontrarían que cooperar en la conquista de una fortaleza que cubre el mejor punto de invasión de la frontera francesa del NE? No debe inferirse a los alemanes, ni a ninguno otro ejército en su caso, la ofensa de suponer que no vieron la importancia de Verdun. ¿Cómo podría suponerse tal enormidad, cuando precisamente por conocer la fuerza de Verdun y su significación estratégica, emprendieron el paso por Bélgica? Si, por consiguiente, los alemanes concedían a la fortaleza todo el valor que en realidad tiene, y sin embargo no la atacaron, cuando tan cerca de ella están desde septiembre, alguna razón poderosísima debe haber y que no conocemos. Los franceses, por su parte, que tanta inquietud han mostrado a veces por sus fuertes del E., jamás han parecido abrigar temores por la suerte de Verdun.

Para poner en claro el misterio que se esconde tras esas incongruencias, recordemos que uno de los ejércitos más fuertes que ejecutaron la invasión de Francia, fué el del príncipe imperial, que, habiendo entrado por Longwy y Longuyon y reñido los combates más sangrientos de aquel período, fué, no obstante, el que menos avanzó hacia el S. y el que menos ha cambiado de posición desde entonces. Ese ejército, inmediatamente apoyado por algunos cuerpos, a su izquierda, ha guardado constantemente el contacto con los fuertes de Verdun, los que es de suponer hubiera cañoneado si le fuera permitido por la situación militar.

También se debe recordar que el ataque alemán contra la línea Mons-Charleroi-Namur-Longwy, sorprendió a los franceses cuando el ejército del E. se movía apresuradamente hacia el N.; y que durante los sangrientos combates de Vitry-le-François, a primeros de septiembre, se hicieron mil conjeturas sobre la posición de una parte de aquel ejército del E., cuya presencia no fué señalada en los campos de batalla.

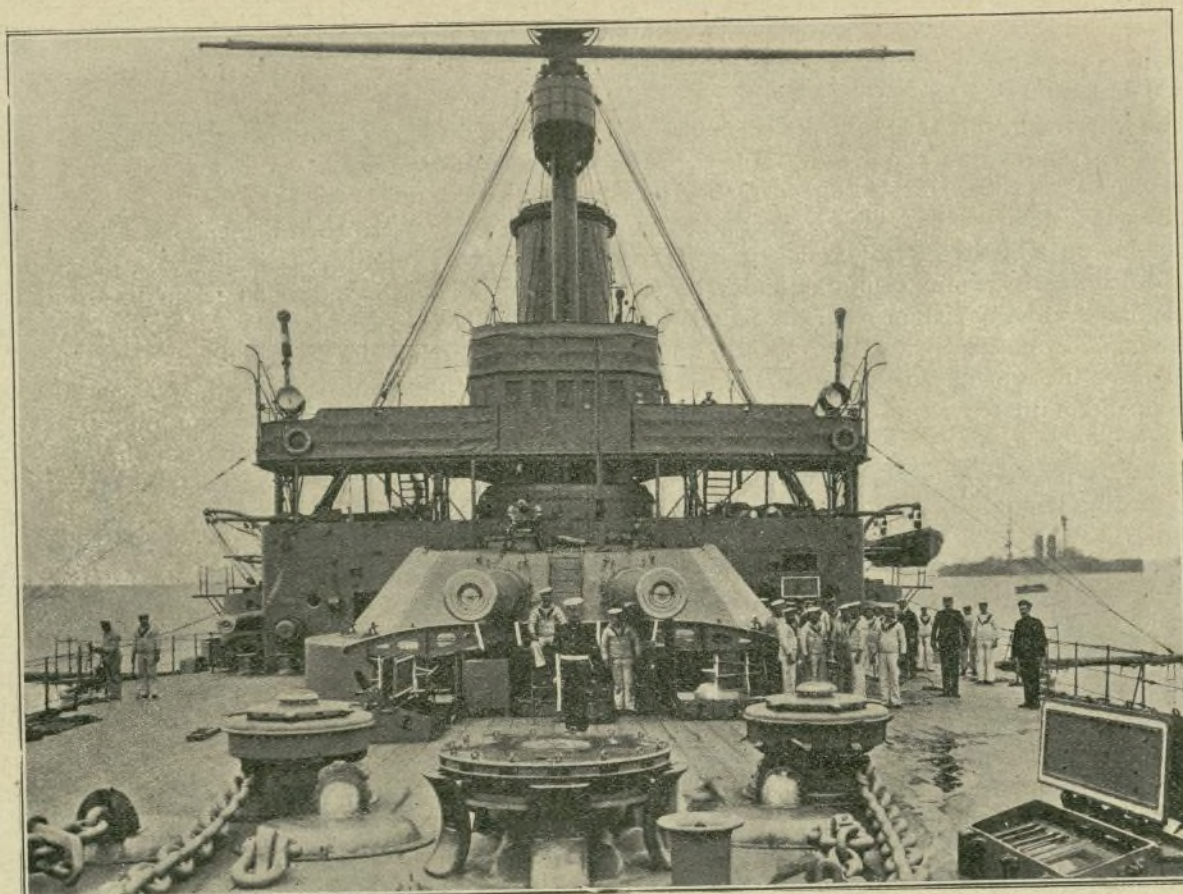
De aquí que sea lógico suponer que uno o más cuerpos del repetido ejército del E., a quienes las batallas del 22 agosto—5 septiembre no dieron tiempo para incorporarse al resto de sus fuerzas, se establecieron en Verdun, formando una cortina avanzada que ha puesto a los fuertes al abrigo de los ataques alemanes. Esto, con todo, no es más que una presunción, a la que los hechos dan verosimilitud, y que explicaría el misterio a que va asociado el nombre de Verdun. Es probable que la verdad tarde en ser conocida.

En los sectores de Nieuport, Ipres, Armentières, Arras, Soissons, Reims, Argonne y el Mosa-Mosela, han menudeado los combates desde el mes de octubre a la fecha. Si en algún punto de ese vasto frente ha habido relativa calma, ha sido en el de mayor importancia estratégica: la región de Noyon.

La línea alemana forma, en efecto, un saliente en Roye, vértice del ángulo recto de las posiciones del invasor; a caballo y dominando el Oise, constituye el mejor camino a París y es el más indicado para romper por el centro el frente de los aliados y envolver las dos alas. A un avance enérgico de los alemanes, ejecutado con fuerzas suficientes, en Noyon y Roye, seguiría inmediatamente el repliegue de los franceses del Aisne, y la evacuación del NO. de Francia, quedando abiertos los caminos de la costa, que caería fácilmente en poder del vencedor sin necesidad de un ataque directo.

Es imposible que estos peligros, los más graves de cuantos pueden presentárseles hoy, hayan escapado a los aliados. Si se comprende que los alemanes, faltos de fuerzas, se mantengan a la defensiva en Roye, esperando para ejercitar su iniciativa que los aliados sufran grave quebranto en una tentativa anterior, de más difícil explicación resulta la pasividad de los franco-ingleses, que meses y meses quedan expuestos a la maniobra de consecuencias más fatales para ellos. Los combates en la sección Arras-Ipres, tan sangrientos y encarnizados, no podían tener trascendencia inmediata sobre la región de Roye, y menos aún los librados en Soissons y Reims. Era menester golpear la línea alemana más cerca de su punto estratégico, y ese golpe no se ha intentado todavía.

Mientras los alemanes se sostengan en Roye, la situación estratégica les seguirá siendo favorable en Francia, aunque tengan que lamentar contratiempos parciales en otros puntos del frente; y Francia

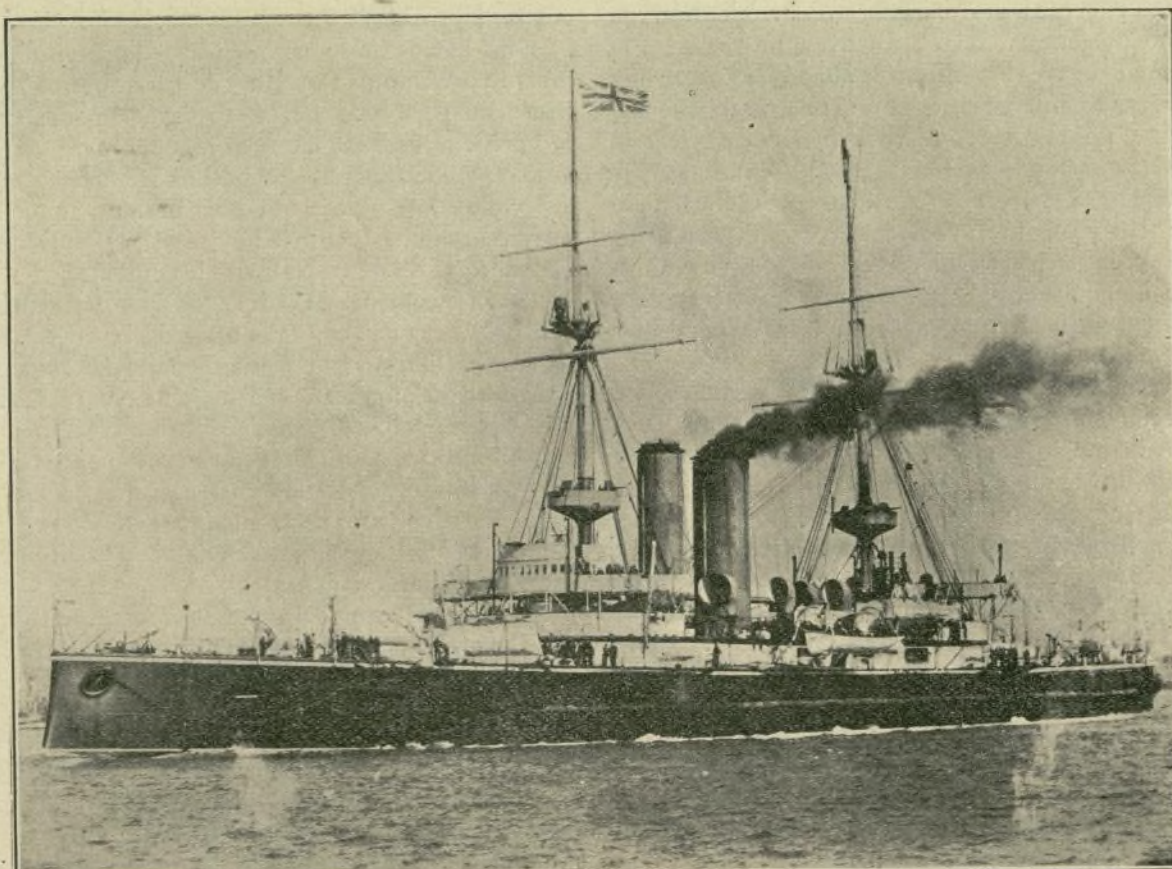


El puente del acorazado británico «Irresistible», perdido en la batalla de los Dardanelos, el 18 de marzo

no se verá libre del riesgo de un avance alemán, seguido al punto por una maniobra que puede conducir a resultados decisivos.

Estamos a ciegas sobre los motivos que inducen

al general Joffre a soportar una situación estratégica que las generaciones venideras no mirarán sin asombro. La espada de Damocles está suspendida sobre los aliados; si no ha caído ya, es porque quien ha de



Acorazado inglés «Ocean», perdido en la batalla de los Dardanelos, el 18 de marzo

manejarla no cuenta con fuerzas bastantes para esgrimirla; pero ¿qué sucederá si por cualquier causa se rompe el equilibrio y el invasor puede sacar buen partido de la situación en que se encuentra? Si a los ingleses interesaba, ante todo, que los alemanes no llegaran a Dunquerque y a Calais, importa sobre todas las cosas a los franceses que desaparezca el peligro que puede desatarse por el Oise. Los ingleses han conseguido su objetivo, pero no los franceses el suyo. Achaque es este muy común en todos los teatros donde combaten ejércitos aliados; falta la unidad de mando y de acción, y es muy difícil que los objetivos políticos no se antepongan a los fines exclusivamente militares.

II — Las operaciones del ejército británico en los meses de febrero y marzo

Se ha publicado el parte del mariscal French sobre las operaciones efectuadas por el ejército a sus órdenes en los meses de febrero y marzo. El parte es mucho más lacónico y conciso que los anteriores y no describe con la minuciosidad de otras veces los movimientos y operaciones de las tropas. Casi todo él está dedicado a los combates de Neuve Chapelle y Saint Eloi. Los motivos que le indujeron a tomar la ofensiva en la dirección de Neuve Chapelle los expone el mariscal en los términos siguientes:

«A últimos de febrero, muchas consideraciones esenciales me indujeron a creer que una vigorosa ofensiva ejecutada por las fuerzas de mi mando debía ser proyectada y desarrollada lo antes posible. Entre las razones más importantes que me hicieron ver esta necesidad, figuraban: el aspecto general de la situación de los aliados en Europa, y particularmente los notorios éxitos del ejército ruso repeliendo los ataques violentos del mariscal von Hindenburg; la debilidad aparente del enemigo en mi frente, y la necesidad de apoyar a nuestros aliados los rusos inmovilizando ante nosotros el máximo posible de tropas en el frente occidental; los esfuerzos que con este fin estaba haciendo el ejército francés en Arras y la Champaña; y, tal vez la consideración de más peso entre todas, la conveniencia de despertar el espíritu ofensivo en las tropas de mi mando, después de la campaña de prueba y posiblemente de efecto enervante que había tenido lugar en las trincheras durante el invierno.»

El ataque, que como el mariscal reconoce fué proyectado a últimos de febrero, no se ejecutó hasta el 10 de marzo; tomó parte en él todo el primer ejército, mandado por el general sir Douglas Haig, apoyado por tropas del segundo ejército y por la reserva general. A las ocho y cinco minutos de aquel día, después de un cañoneo de media hora en el que se empeñó toda la artillería, cinco brigadas se lanzaron al asalto; a las once, Neuve Chapelle y los caminos que desembocan hacia el NE. y SE., quedaron en manos de los ingleses; el combate fué corto, pero muy duro. La artillería contribuyó poderosamente al ataque barriendo con su fuego el terreno inmediatamente a retaguardia de las líneas alemanas, impidiendo de esta manera que pudieran trasladarse a ellas los refuerzos apostados más atrás.

Pero este primer éxito no fué acompañado por ningún otro, ni los ingleses pudieron desembocar de

Neuve Chapelle y de sus inmediaciones al N. y al S. La paralización y el fracaso de los asaltos posteriores los atribuye el mariscal a los hechos siguientes: «Después de la toma de Neuve Chapelle, se perdió mucho tiempo. La infantería estaba grandemente desorganizada por la naturaleza violenta del ataque y por su paso a través de las construcciones del pueblo y de las trincheras enemigas. Fué necesario reorganizar y reunir las unidades antes de proseguir el avance. La comunicación telefónica había sido cortada por el fuego enemigo, y resultó muy difícil la comunicación entre el frente y la retaguardia. La 23 brigada fué contenida, y ello fué causa de que quedara rezagada la octava división, motivando que una parte de la 25 brigada oblicuara hacia el N. en vez de seguir su verdadera dirección de avance. Todo esto requería que se pusiera mano en ello. La posición ocupada por el enemigo al N. de Neuve Chapelle también amenazaba el flanco de un avance hacia las colinas de Aubers.

«Soy de opinión que esta demora no habría ocurrido, si las órdenes claramente expresadas del general comandante del primer ejército hubiesen sido más escrupulosamente observadas.»

El combate se reanudó a las tres y media de la tarde, pero había ya pasado la ocasión. Los alemanes, que al principio de la acción estaban en la relación de 1 contra 8, comenzaban a recibir refuerzos, y aunque su debilidad relativa numérica seguía siendo notoria, todas las tentativas del atacante fueron rechazadas. En las jornadas del 11 y 12 se repitieron las acometidas, con igual desgraciado éxito. Para apoyarlas, se ejecutó otro ataque más al S., desde Givenchy, pero ni siquiera fué posible llegar a las alambradas alemanas. Sobrevino el mal tiempo y los temporales, y las operaciones quedaron definitivamente terminadas.

Esta batalla puso en manos de los ingleses una zona de profundidad máxima de 1.800 metros y anchura de poco más de tres. 1.657 alemanes cayeron prisioneros. Pero las bajas inglesas fueron espantosas: 190 oficiales y 2.337 hombres de tropa, muertos; 359 oficiales y 8.174 hombres, heridos; 23 oficiales y 1.728 hombres, extraviados; total, 572 oficiales y 12 239 hombres de tropa fuera de combate.

Por el laconismo de la relación, por las censuras que no se ocultan sobre la mala observancia de las órdenes recibidas y por el tono general del despacho, se advierte al punto que la batalla de Neuve Chapelle fué un terrible desengaño para los ingleses. No tuvo trascendencia ni consecuencias de orden general, y la conquista de una insignificante faja de terreno destruyó la fuerza combatiente de todo el primer ejército británico, reduciéndolo a la inmovilidad para muchas semanas.

Dos hechos principales merecen ser examinados: los verdaderos motivos del fracaso de los sucesivos ataques, y la relación entre las bajas de oficiales y las de tropa.

Respecto al primer punto, no conociendo las órdenes expedidas, ni el alcance que se pretendió dar a las operaciones, no es posible afirmar rotundamente que incumbe al mando gran parte de la responsabilidad; pero hay una circunstancia que no puede quedar inadvertida. Ejecutaron el ataque cinco divisiones, y de ellas cinco brigadas desplegaron las unas

a continuación de las otras y marcharon al asalto. Fijando la vista sobre un plano detallado del campo de batalla, se ve al punto que el frente de despliegue no llegaba a seis kilómetros, insuficiente a todas luces para la maniobra de tan gruesas masas. De aquí, por una parte, que hubiera tantas bajas, puesto que el avance se ejecutó de frente, y, por otra, que se perdiera la dirección señalada para el movimiento. Donde la resistencia fué más enérgica—en Neuve Chapelle—se empeñaron no sólo las tropas allá dirigidas, sino también las fracciones inmediatas; en cambio, en los sectores laterales, el atacante tendió involuntariamente y aun contra su propia voluntad al despliegue, se abrió en forma de abanico y fué fácilmente rechazado, resultando de ello que al adelantar las únicas tropas que habían resultado victoriosas, las del centro, fueron acogidas por el fuego de flanco de las posiciones alemanas al N. y al S. y hubieron de retroceder. De consiguiente, el asalto emprendido el 10 de marzo tuvo todos los caracteres de un ataque en punta, de frente, el menos a propósito para obtener resultados apreciables, no habiendo sido apoyado por movimientos en las dos alas.

Llama poderosamente la atención la desproporción entre las bajas de los oficiales y las de la tropa. No se recuerda batalla de los tiempos modernos en que se derramara tanta sangre de oficial, relativamente a lo poco castigada que quedó la tropa. Para que el combate se desarrollara en condiciones normales, debía haber perdido la segunda más de veinte mil hombres. En general, siempre que se ha manifestado esta desproporción ha sido por la necesidad de tener que dar ejemplo el oficial, es decir, cuando el soldado no se ha mostrado muy propicio a cumplir con su deber. Pero tratándose de un ejército como el británico, que se ha batido tan bien desde el principio de la guerra, sería temerario aventurar una hipótesis que le favorece poco. Más probable es que las grandes pérdidas sufridas por la oficialidad se debieran a la abundancia en ella de oficiales casi improvisados, sin experiencia de la guerra y con muy escasos conocimientos teóricos de los métodos modernos de combate; cuando esto ocurre, el oficial se expone innecesariamente a todos los riesgos, y al caer bajo el plomo enemigo esteriliza los esfuerzos del mejor soldado, de suerte que lejos de ser su sacrificio un bien para el resultado de las operaciones, las entorpece y malogra.

Finalmente, resalta que el número de extrañados en el ejército británico excedió al de prisioneros hechos al enemigo, lo cual demuestra, sin necesidad de ulteriores explicaciones, que en las jornadas del 11 y 12 la fortuna volvió la espalda a los ingleses.

Del lado alemán, es de notar, en primer término, la resuelta y vigorosa resistencia de los débiles contingentes situados en Neuve Chapelle; casi todos los hombres que los componían quedaron fuera de combate, caídos en el campo de batalla o apresados por el vencedor. Pero esta resistencia dió tiempo a que acudieran refuerzos, y, sobre todo, quebrantó el espíritu ofensivo de los ingleses, inutilizándoles para posteriores esfuerzos.

En las jornadas del 11 y del 12, los alemanes, desde sus posiciones de los flancos, volvieron a su método familiar de los contraataques y paralizaron por completo la ofensiva británica.

Desde aquellos combates, la falta de municiones, a que alude claramente el mariscal French en su despacho, y la necesidad de reemplazar las bajas (las de los oficiales equivalen a las de todo un cuerpo de ejército), han paralizado en sus líneas al ejército británico.

Una división canadiense forma ya en sus filas, y se han completado tres ejércitos, con un total aproximado de 600.000 hombres.

El 14 de marzo, apenas terminada la batalla de Neuve Chapelle, los alemanes cañearon con violencia las trincheras británicas de Saint Eloi, al S. de Ipres, volaron una mina dirigida contra ellas y las atacaron violentamente. Los ingleses, siempre según el parte del mariscal French, tuvieron que evacuar tanto la asaltada como las inmediatas, y se replegaron más atrás. Una brigada inglesa se lanzó al contraataque, trabándose una lucha muy viva, que dió por resultado «la reconquista de todo el terreno perdido de importancia material». Esta frase es lo bastante explícita para que necesite explicaciones. Los combates no terminaron hasta el día 17, sin alterarse este resultado.

En esta, como en todas las batallas que han tenido lugar desde el mes de octubre, los alemanes han querido ser siempre los últimos en pronunciar el ataque final, para despertar en el adversario la impresión de que ha sido derrotado y realzar la moral de las tropas propias.

Las consideraciones generales que movieron al mariscal French a tomar la ofensiva, y que he traducido literalmente, merecen algunos comentarios. Sorprende la alusión a los éxitos del ejército ruso, (cuyo 10º ejército acababa de ser destruido) precisamente cuando los moscovitas eran expulsados violentamente de la Prusia oriental y derrotados en toda la línea. Esto da a comprender que no es en los frentes de batalla donde mejor se conocen los acontecimientos que se desarrollan a alguna distancia. Se reconoce sin eufemismos que el ataque de Neuve Chapelle, como el de los franceses en la Champaña, formaba parte de un plan general, concertado con los rusos. Por consiguiente, si los rusos no han salido victoriosos de su choque contra el ejército alemán, ni los aliados han podido romper el frente del invasor ni obtener ventajas apreciables, pese a sus sacrificios en vidas humanas, habrá que concluir que el plan ha fracasado. Es claro que el mariscal French no lo dice crudamente, pero tampoco hace falta.

Con Neuve Chapelle ha vuelto a darse el caso de la batalla del Aisne, que ya hice notar a mis lectores: entonces, el mariscal French dijo que, de acuerdo con el general Joffre, los aliados planearon y ejecutaron un ataque envolvente contra los alemanes; el tal ataque no dió resultados, toda vez que los alemanes continuaron en sus mismas posiciones, y siendo así, no es menester que el rechazado tenga que hacer la declaración humillante de su derrota para que esta derrota sea cierta.

III.—La segunda ofensiva francesa

La batalla entre el Mosa y el Mosela ha pasado ya a la historia. Será teatro aquella región de los

mismos duelos de artillería y de iguales escaramuzas y ataques de trincheras que la conmovieron antes de ahora, pero la batalla terminó definitivamente, como ya dije en la crónica anterior, sin perjuicio de que más adelante se vuelva a empeñar otra, hipótesis siempre posible mientras los alemanes no sean arrojados de sus posiciones.

Admitiendo íntegramente las afirmaciones de los partes oficiales franceses, todas las ventajas que éstos alcanzaron en el sector expresado se redujeron a la conquista de una estrecha faja de terreno cerca de Eparges. Acaso tenga esta posición la importancia estratégica que los franceses pretenden darle; es inútil discutirlo, porque si se han apoderado de una de las mejores llaves de las líneas alemanes, las consecuencias, favorables para los aliados, no tardarán en ponerse de manifiesto. En los ocho días que han transcurrido desde que terminó la lucha, nada ha ocurrido que demuestre esta aserción.

Lo interesante, con todo, es el hecho innegable de que seis cuerpos de ejército, apoyados por la fortísima plaza de Verdun, empeñaron una batalla en un frente de 30 kilómetros, y después de combatir encarnizadamente cuatro días, todos sus éxitos se redujeron a la toma del espolón de Eparges. Puede y debe sentarse, como consecuencia, que el plan concertado con los rusos ha tenido un éxito desgraciado. Sin grandes esfuerzos, sin debilitar sus tropas del Este, los alemanes se mantuvieron firmemente, y los sacrificios de los franceses no han hecho adelantar un solo paso la resolución de la guerra en su favor.

Esperemos la tercera ofensiva de los aliados, porque los alemanes no la emprenderán, cuando la asuman, tan desmayadamente ni en tan corta escala.

IV.—La situación el 18 de abril

En el frente occidental, dicho está todo lo que ha acontecido en los últimos días. La situación no ha cambiado.

En el frente oriental, un ejército alemán ha tomado posiciones en la región del paso de Rostok, en el centro de las líneas austriacas. Estas últimas se han afirmado en el paso de Uszok, y un ejército avanza desde el paso de Tucholka hasta cerca de Stry, amagando un movimiento de flanco contra el ala izquierda de los rusos que combate en los Cárpatos. Hay indicios de que otra masa austro-alemana se prepara a operar en el valle del Dunajec, o sea contra el flanco derecho de los moscovitas.

Según esto, el plan de los aliados consiste en contener de frente a los rusos y pronunciar un ataque de flanco por el S. E., y probablemente otro igual por el N. E., para obligar al ejército que combate en los Cárpatos a batirse en retirada.

El comandante en jefe de los ejércitos rusos del Sur (desde el Dunajec a la Besarabia) es el general Ivanov, que tiene a sus órdenes tres ejércitos, formando una masa de unos 800,000 hombres. Otro ejército se está formando en la Besarabia, al N. de la Bukovina, y su intervención puede influir mucho en las operaciones que el grupo principal realiza hace tres meses en dirección a Hungría.

De manera que nos encontramos en presencia de una nueva agrupación de fuerzas, tanto en el campo

de los imperios aliados, como en el de los rusos. Los primeros no persiguen sólo, si la suerte les acompaña, la paralización del avance enemigo contra Hungría, sino el repliegue del grupo de ejércitos del Sur, para libertar la Galizia occidental y poner en situación comprometida la frontera de Besarabia; mientras que por el N., o sea al S. de Cracovia, las operaciones que tengan lugar han de repercutir en Polonia. En cuanto a los rusos, están tan internados en los Cárpatos, que no les queda más remedio que persistir en sus planes y tratar a todo trance de romper la resistencia enemiga.

Desde la llegada del ejército alemán a la región de Rostok, ha mejorado sensiblemente la situación de los aliados. Ha sido contenido el ataque de los rusos en los pasos centrales, y en los del S. E. ganan terreno los austriacos, rechazando al enemigo por las vertientes septentrionales de la cordillera.

Nada de particular ha ocurrido en Polonia y Lituania. Ossovec ha vuelto a ser bombardeado.

Menudean los combates en el Cáucaso, sin resultados apreciables para ninguno de los dos bandos, cuyas fuerzas en aquella región son escasas.

En Mesopotamia, junto al golfo Pérsico, nuevos hechos de armas se han señalado entre ingleses y turcos. Tampoco en este teatro acontece nada decisivo.

Ligeros cañoneos, emprendidos por unidades navales aisladas, mantienen la guerra en los Dardanelos, pero ni se han repetido los ataques, ni hay indicios de que se vayan a ejecutar en breve. El ejército expedicionario franco-británico, está casi en su totalidad en las costas del N. E. de África. Contra lo que se había afirmado por los ingleses en los primeros despachos oficiales, no fué forzado el paso de la entrada del golfo de Esmirna; así lo reconocen las últimas noticias oficiales del mismo origen.

El acorazado británico *Lord Nelson*, que quedó encallado en los Dardanelos durante la memorable y desastrosa batalla del 18 de marzo, ha sido finalmente echado a pique. Fué construído en 1907, tenía 16,500 toneladas y estaba armado con cuatro cañones de 30,5 centímetros, diez de 23,4, quince de 7,6, seis de 4,7 y cuatro tubos laterales de lanzar.

La flota alemana ha perdido uno de sus mejores oficiales: el capitán Otto Weddingen, comandante del submarino 29, ha perecido, lo mismo que toda la dotación al perderse aquel barco. El capitán Weddingen fué el comandante del U. 9., que se hizo famoso por sus proezas en los primeros meses de la guerra, destacando entre ellas el hundimiento de los tres cruceros acorazados británicos *Cressy*, *Hogue* y *Aboukir*.

Las circunstancias misteriosas en que se perdió el U. 29., han dado lugar a la acusación, hecha por los alemanes, de que el submarino fué echado a pique hallándose ocupada su tripulación en el salvamento de un barco mercante que acababa de hundir; los ingleses, a quienes se debe la primera noticia de la pérdida de aquel submarino, rechazan por injuriosa la imputación. Se ignora cómo y por qué causas se fué a pique el U. 29., que bajo el mando de Weddingen se distinguió notablemente desde los primeros días del bloqueo de Inglaterra.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

18 abril 1915.